

POLITICA Y ECOLOGIA EN ESTOCOLMO

LA ecología es el estudio de las relaciones entre los organismos y el ambiente en el que viven y las relaciones de las asociaciones naturales de los organismos. La complejidad de la ecología se basa en el juego de respuestas ininterrumpidas entre el organismo y el medio: los ecólogos ya clásicos consideran la acción, o efecto del ambiente sobre un organismo; la reacción, o efecto del organismo sobre el ambiente, y coacción, como comportamiento o respuesta recíprocos, entre sí, de dos individuos (finalmente, de dos o más agrupaciones de individuos) de la misma o de diferente especie. Se dice que cualquier cambio de comportamiento puede producir una extensa serie de modificaciones ecológicas que pueden producir efectos lejanos e inesperados. Todo el proceso de millones de años de evolución de las especies es un juego ecológico de infinitos matices.

CUANDO entra en juego el hombre, sobre todo a partir de la llamada era industrial, entra también en juego una enorme capacidad de modificación ecológica. En cualquier especie existe o puede existir la capacidad de explotar en su beneficio la Naturaleza, otras especies y la suya propia por el predominio de unos individuos sobre otros. Por algunas razones no suficientemente claras todavía, se suele decir que en las especies animales no humanas esta explotación tiene unos límites «naturales» —instintivos, genéticos, conservadores, no se sabe bien: una especie de sabiduría superior— que las contiene en ciertos límites, que suelen ser los de su necesidad, pero que este freno lo ha perdido el hombre en algún recodo de su camino prehistórico. Es una escuela de pensamiento muy contemporánea. El hombre carga con exceso su necesidad sobre la Naturaleza, las otras especies y la suya propia. Parece ser que esta carga del hombre no se considera «natural», sino artificial, creada por sí mismo y no por imperativos categóricos. Desde que tenemos noción de los pensamientos históricos hay un pensamiento continuo que trata de imponer al hombre esa noción de freno ecológico por alusiones morales a estamentos superiores a él mismo: no siempre de orden religioso, puesto que también hay fuertes moralismos ateos —la Naturaleza, la Humanidad, la Colectividad...— y, al mismo tiempo, por coacción: por autoordenación de la vida, de las conductas, de la sociedad. En todos estos intentos, morales o coactivos, la ecología humana se convierte en política. La política

de relación de la especie humana entre sí, con las demás y con su medio, no sólo no parece haber dado los resultados buscados, sino que ha conducido una situación considerada hoy como grave. Como extremadamente grave.

HAY profecías —de computador— que nos dicen que estamos al borde de la gran catástrofe. El grupo del Club de Roma —una conjunción de científicos, técnicos, industriales, sostenidos, capital privado— han advertido que a menos que se detenga el crecimiento demográfico y el industrial, todo el «sistema» mundial puede irse al desastre. El doctor Paul Ehrlich, en su libro «The population bomb», sitúa el año del desastre ecológico, concretamente: el 2040 —como límite máximo—. Los periódicos abundan en realtos desastrosos. Aparte de la publicación del índice diario de la contaminación de la atmósfera, describen y fotografían los ríos con peces muertos, las manchas de petróleo en el mar, los datos de extinción de ciertas especies, los nombres de los muertos en África por el exceso de DDT, en Japón por sustancias químicas industriales. En algunos países especialmente afectados —los Estados Unidos— hay «guerrillas ecológicas», que atacan, con intención de destruirlas, las industrias que, según ellos, amenazan el equilibrio ecológico. Se dice que ha habido una «mentalización» o una «toma de conciencia» del desastre ecológico. En realidad, lo que ha habido es un desplazamiento de la política a una palabra más misteriosa, más recóndita: la ecología. Una palabra por la cual venimos a ser responsables todos, incluido las víctimas. Pero, finalmente, cuando el problema llega a abordarse de alguna manera, reaparecen los problemas políticos. Las esperanzas de desplazamiento del vocabulario conocido, de la política, al vocabulario desconocido de la tecnología, no se cumplen.

ESA es, quizá, la mayor virtud de la Conferencia de Estocolmo, terminada la semana pasada: que ha puesto de manifiesto la esencia política de la cuestión. La Conferencia para la Defensa del Medio Ambiente Humano —expresión redundante: «medio» y «ambiente», tienen aquí un significado sinónimo— ha redactado finalmente una especie de Carta Magna, en veintiséis puntos (el último, acerca de la necesidad de la destrucción de las armas atómicas, muy controvertido: veintiocho países se abstuvieron de votarlo, entre ellos España, y tres votaron en contra:

El Gobierno sueco, con su Rey Gustavo Adolfo a la cabeza, recibe a los delegados de la Conferencia para la Defensa del Medio Ambiente, presididos por el secretario general de las Naciones Unidas, Kurt Waldheim.



Una ballena, simulada a base de plástico, pasea por las calles de Estocolmo formando parte de una manifestación que pide la suspensión de la pesca de este cetáceo durante diez años.

Francia, China y Gabón), que irá a unirse a la considerable serie de declaraciones de principio que existen ya en el mundo contemporáneo, desde las de derechos humanos a la de Bandung, pasando por la de San Francisco y la del Atlántico y, a juzgar por los nulos resultados de las anteriores, podemos y debemos ser escépticos con respecto a ésta. Es lírica, es bienintencionada, y no es nada más. Efectivamente, para que pudieran coincidir en ella un centenar largo de países con intereses muy encontrados, debería carecer de verdadera efectividad. Pero lo importante no es el texto final, sino el desarrollo de la conferencia. La aparición de la política continuamente. Con todas sus torpezas, pero con todas sus realidades. La política saltó antes de la conferencia: la República Democrática de Alemania fue excluida por razones administrativas, los países comunistas de Europa —con la URSS a la cabeza— renunciaron a asistir. Saltó recién abierta: China atacó inmediatamente a los Estados Unidos por su agresión directa al ambiente humano en Vietnam. Es cierto que los Estados Unidos han estado utilizando defoliantes, herbicidas; es cierto que sus bombarderos han producido, sólo hasta 1971, veintiséis millones de cráteres en tierra vietnamita (los datos no proceden de la delegación china en Estocolmo, ni de ninguna potencia hostil a Estados Unidos: son del senador Gaylord Nelson ante el Congreso: «Nunca en la Historia fue una tierra tan masivamente alterada y mutilada...»). Y a los tremendos, impresionantes gastos de armamento de las superpotencias, pero he aquí un punto débil para China: inmediatamente fue atacada —junto con Francia— por proseguir sus experiencias nucleares en la atmósfera, con grave riesgo para las zonas donde se producen los ensayos. Pero China distingue y exige: que no se haga referencia en la conferencia «a los países que necesitan armas para su propia defensa o su liberación nacional». Entramos en el campo de la semántica política. ¿Quién distingue —técnicamente— defensa de agresión, independencia de imperialismo? Uno a uno, los grandes temas políticos han ido apareciendo en el escenario de Estocolmo: el imperialismo, el racismo, el apartheid, la soberanía nacional, las formas de gobierno, la industrialización capitalista... Cada país tiene sus razones ecológicas, cada país se las niega a los demás. Brasil, por ejemplo, dice: «Brasil no permitirá nunca que los prejuicios ecológicos contengan su desarrollo ecológico». Y la mayoría de los países del tercer mundo se suman a este propósito.

PORQUE, indudablemente, la discusión política desarrollo/pobreza es una de las bases de la situación. El tercer mundo explica que, por el momento, la peor amenaza para la sociedad humana es el hambre, y el número de muertos de hambre al día —más las infinitas secuelas del hambre en todos los aspectos— es hasta ahora más dañino que las producidas por la contaminación. La ecuación propuesta por los científicos, de llegar al equilibrio Cero entre desarrollo y población no es igual para todos los lugares del mundo. ¿Es suficiente la reducción de natalidad? ¿Es una ventaja o un inconveniente, desde el punto de vista ecológico y político? China está en contra; China arguye que su explosión demográfica —quinientos millones hacia 1950, setecientos millones en la actualidad— es más beneficiosa que perjudicial: hay trabajo para todos, hay comida para todos, y ello no podría haberse obtenido en su territorio sin el trabajo colectivo, con una población contenida. ¿Es este dato igual para todos? ¿Sirve para otros países? En la India, por ejemplo, la explosión demográfica ha aumentado los problemas, el hambre, la miseria. Arguirán los chinos —y hubiesen arguido los soviéticos, enemigos como Marx del anticoncepcionismo, de haber estado presentes— que es una cuestión de regímenes políticos. Y siempre estamos dentro de la política. En cambio, con su gran hambre a cuestas, la India está a punto de convertirse en nación nuclear (el dato no procede de la conferencia, aunque es simultáneo a ella: el Instituto de Investigaciones para la Paz, en Estocolmo, dice que hay quince naciones a punto de convertirse en potencias nucleares, y la India es la primera).

¿Podría haberse esperado una conferencia puramente tecnológica? Una conferencia ideal en la que se discutiera cómo preservar la ballena para que no desapareciera —aun así, el tema de la caza de la ballena es hoy un drama político entre varias naciones—, cómo construir mejores vertederos, cómo evitar que la fabricación de papel destruya bosques y ríos, cómo evitar el desprendimiento de gases de los automóviles... El sistema de recetas de cocina tecnológico no basta, y la sustitución de los términos políticos por los términos tecnológicos no encubre la situación.

La conferencia de Estocolmo ha permitido que los temas políticos no sean tampoco encubiertos por los temas ecológicos. Esto, probablemente, desnaturaliza en cierta forma el propio propósito de la reunión, de las nuevas siglas con que formar otro organismo de la ONU, hasta del comité de ochenta naciones formado para continuar con permanencia la labor emprendida; la mayor parte de los temas son de Asamblea General, aun de Consejo de Seguridad y de muchas de las ramificaciones ya existentes de la ONU: desarme, alimentación y agricultura, derechos humanos, educación, infancia, personas desplazadas... Es el fracaso de todos esos organismos en sus veinticinco años de existencia el que fuerza a la creación de un organismo más, que podrá unirse a ellos. La fuerza, repitamos, de este nuevo organismo, es la de que no ha cegado las razones políticas de la mala situación del ambiente humano y que puede, a la larga, ser uno de sus centros de discusión.

La Capilla siXtina

NATURAL DE ESPAÑA

José Fernández Montesinos natural de España, ha fallecido en California. También la suya es una historia que comienza con sol y piedra y termina, en cierto sentido, sobre una mesa, con flores y cirios eléctricos. ¿Flores de plástico tal vez? No he podido evitar el impulso automático de ligar la breve glosa de la muerte de Fernández Montesinos con el sobrecogedor poema de José Hierro «Réquiem»...

Manuel del Río, natural de España, ha fallecido el sábado 11 de mayo, a consecuencia de un accidente. Su cadáver está tendido en D'Agostino Funeral Home. Haskell. New Jersey.

Se dirá una misa cantada a las 9:30, en St. Francis.

El poeta comunica al anónimo marino español muerto en tierra extranjera que sus abuelos fecundaron la tierra toda...

... la empapaban de aventura. Cuando caía un español se mutilaba el universo.

Pero el marino anónimo, Manuel del Río, natural de España...

... no ha caído así. No ha muerto por ninguna locura hermosa. (Hace mucho que el español muere de anónimo y cordura, o en locuras desgarradoras entre hermanos: cuando acuchillan pellejos de vino derrama sangre fraterna...)

Manuel del Río, natural de España, yace en el poema de Hierro y en una tumba donde le visitan

los polacos, los irlandeses, los españoles, los que mueren en el «week-end».

Manuel del Río, natural de España, José Fernández Montesinos, natural de España. Entre el marino anónimo y el profesor eminente hay el cordón umbilical de un pueblo de fugitivos del terror al hambre y a la muerte. Fernández Montesinos, fugitivo del terror al recuerdo. En el recuerdo de Fernández Montesinos vivían los hechos de Granada de 1936, recientemente resucitados por polémicos diarios madrileños. El profesor era hermano del alcalde de Granada y cuñado de García Lorca, aquel alcalde de Granada que murió

de guerra civil el mismo día en que era detenido Federico.

Muchos de nuestros fugitivos culturales, de esa espléndida promoción de fugitivos culturales que provocó la guerra civil, no huían de responsabilidades personales o ajenas, ni siquiera huían como consecuencia de un instintivo terror histórico. Huían de sus desacuerdos de guerra y de sus esperanzas frustradas por la guerra. Mutilados por parte del suelo y aire, sin dejar de ser suelo y aire, han repartido por el mundo entero la inercia del entusiasmo cultural y moral de nuestra generación perdida. Pero aquellos marinos van volviendo. Unos sobre el último o el penúltimo barco de su vida. Otros vuelven ya empujados por las olas, cuerpos muertos que no se han resignado al cementerio extranjero donde les acompañan

los polacos, los irlandeses, los españoles, los que mueren en el «week-end».

Y en el regreso de estos cuerpos muertos se descubre una extraña renovación, un continuado replanteamiento de España y sus mutilaciones perpetuas. Nos devuelven las aguas el cuerpo de Blanco White y el cuerpo de Fernández Montesinos, apenas sin distancia histórica, a pesar de que entre una y otra muerte median más de cien años. Pero entre la mutilación española que significó el destierro de los ilustrados y la del destierro de la promoción de la República ¿median realmente cien años? Qué soplo absurdo el tiempo en España. Qué rápidas las huidas. Qué lentos los retornos.

José Fernández Montesinos, tal vez el más importante investigador literario de su promoción, regresa de momento con su carga de significación moral y sentimental. Urge que sus estudios tengan el relanzamiento debido a su talla excepcional. Urge que su nombre abandone los santuarios de los especialistas y que su obra llegue a la calle en busca de los restos de capacidad de sorpresa que conserva un pueblo ahogado en detergente.

Y tal vez sea esa la gracia de este juego hispánico. Creer. Esperar. Perder. Huir. Morir. Volver.

Y Menelao el Aeropagita, que probablemente conoció a Montesinos en Berkeley, diría que unos pueblos nacen para hacer la Historia y otros para padecerla.

SIXTO CAMARA